

## La lección del 15M: construir lo político cuando no hay centro<sup>1</sup>

### The Lesson of 15M: Building the Political when There is no Center

Emmanuel Chamorro

**Resumen:** En este artículo planteamos una reflexión acerca de los efectos políticos del movimiento del 15M atendiendo al contexto global de crisis de las instituciones representativas y a la reaparición de conflictos que pueden ser comprendidos bajo el, aparentemente obsoleto, prisma de la lucha de clases.

Para ello problematizaremos la lectura en clave populista que lo considera un fenómeno fundamentalmente cultural y trataremos de plantear un análisis en el marco de la crisis del capitalismo neoliberal que comenzara en 2007.

**Palabras clave:** 15M, democracia, clase media, crisis, discurso.

**Abstract:** In this article we propose a reflection on the political effects of the 15M movement taking into account the context of representative institutions global crisis and the recurrence of conflicts that can be understood under the apparently obsolete prism of class struggle.

For this we will problematize the populist reading of 15M that considers it fundamentally as a cultural phenomenon and we will try to propose an analysis in the context of the crisis of neoliberal capitalism that began in 2007.

**Keywords:** 15M, democracy, middle class, crisis, discourse

## INTRODUCCIÓN

De algún modo este texto supone una continuación y también una revisión del artículo titulado “Democracia performativa: el debate entre justicia y libertad en el 15M” que publicamos en esta misma revista en 2017. Entonces traté de pensar cómo el movimiento 15M y sus prácticas podían entenderse como la superación por la vía de los hechos de un discurso a menudo sometido a una enorme tensión entre las reivindicaciones de justicia y libertad (entre lo económico y lo político, podríamos traducir). Las siguientes páginas pretenden analizar la importancia de este movimiento desde otra perspectiva; la que lo entiende como un síntoma y a la vez un agente de la mayor crisis del modelo político, social y económico de este país desde el

---

<sup>1</sup> Esta investigación ha sido respaldada por el Programa de Financiación Universidad Complutense de Madrid - Santander Universidades.

fin del franquismo. Pretendo con este cambio de perspectiva no acercarme a una verdad más profunda del hecho histórico, sino a algunos de sus efectos que, creo, solo se pueden analizar cuando se atiende a ciertos elementos del contexto en el que surge.

En la historia social no existen los síntomas puros, siempre tenemos que movernos en ese complicado campo entre la causa y el efecto. Ahora nos parece evidente que la crisis de 2007 supuso una ruptura radical en el relato del presente ya que es el momento en que las bases materiales de la acumulación neoliberal y el relato que las arropaba parecen encontrar sus límites. Prueba de esta conciencia de fin de ciclo es que ya incluso en aquel momento alguien como Nicolas Sarkozy planteaba como un objetivo a corto o medio plazo la necesidad de «refundar el capitalismo»<sup>2</sup>.

Esa quiebra, que en un primer momento parecía reducirse al ámbito de las finanzas, en pocos meses se reveló como una crisis global debido al alcance planetario de los procesos de financiarización y la conexión planetaria de las economías locales. Así la recesión económica devino un problema social y político total. Aunque a menudo se ha señalado, empleando terminología gramsciana, que el neoliberalismo padece una crisis orgánica entendemos que hay que cuidar los juicios apresurados y demasiado generales.<sup>3</sup>

Sin poder entrar en profundidad a justificar nuestra elección, preferimos hablar de una «crisis de gubernamentalidad» (Foucault, 2012: 77), empleando la expresión foucaultiana, para describir la realidad posterior a 2007. Esta no remite a ese momento gramsciano de pugna entre lo viejo y lo nuevo y a la construcción de contrahegemonías, sino al descubrimiento de los límites de un modo determinado de gobernanza, que no implica necesariamente una ruptura histórica.

En el escenario doméstico, trataremos de mostrar cómo la emergencia del 15M constituye el momento en que se articula políticamente el discurso de esa crisis y se comienza a poner en cuestión masivamente el proyecto social, económico y político que subyace a la Constitución de 1978.

La perspectiva metodológica desde la que afrontamos el análisis de este movimiento parte, pues, de la renuncia a toda separación entre infraestructura y superestructura, entendiendo que los procesos sociales no son reflejo automático de la organización «objetiva» o «material» de las cosas, aunque tampoco sean ajenos a esta. Lo social se construye y configura un campo abierto, pero en él la estructura material tiene un peso específico indisoluble. Trataremos de mostrar cómo la emergencia del 15M cobra un nuevo sentido cuando es pensada en esa zona gris que se sitúa entre la defensa de la autonomía de lo político y la creencia en la determinación económica de los procesos sociales.

## **BREVÍSIMA HISTORIA DEL NEOLIBERALISMO ESPAÑOL**

El neoliberalismo ha sido un gran desconocido para la teoría social y política hasta hace no demasiado. La fuerza con que se implantó desde el final de la década de

---

<sup>2</sup> [https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2008/09/26/internacional/1222380007_850215.html) [Última consulta 2/1/2018]

<sup>3</sup> Incluso en el caso español, creemos interesante atender a las precauciones que muestran autores como José Luis Villacañas para hablar de una «crisis orgánica» del régimen constitucional de 1978. Véase Villacañas, (2015: pp. 121-128).

1970 y la coyuntura internacional –marcada por la debacle del movimiento obrero y la caída del «bloque del Este»– dificultaron durante años todo intento de reflexión crítica. Esta potencia hegemónica del neoliberalismo –su capacidad para convertirse tan rápidamente en un modelo global incuestionable– atestigua que ha ido ganando prácticamente todas las grandes batallas que se le han planteado.

En nuestra opinión el núcleo de la acción política neoliberal puede quedar resumido en dos conocidas sentencias de una de sus principales impulsoras, Margaret Thatcher: «no existe la sociedad» y «no hay alternativa». El primer enunciado, que funciona a la vez como diagnóstico y leitmotiv, está en la base del proyecto neoliberal y lo define como el intento de acabar con cualquier tipo de vínculo social sustancial. No extraña que este programa fuera definido por quienes lo diseñaron allá por los años treinta como una «política social individual» (Foucault, 2012: 154), es decir, una política cuyo objetivo fundamental es convertir en privadas las experiencias colectivas (especialmente lo que estas tienen de problemáticas) poniendo en marcha un proceso de «desproletariación». El implacable avance de esa sistemática «privatización de las contradicciones» (Castro, 2010: 78) tiene como consecuencia el segundo enunciado de Thatcher, su profecía autocumplida: «no hay alternativa».

Como ya advirtió Michel Foucault en 1979, un proyecto de tal magnitud –que tiene por objetivo la transformación completa del ser humano– solo puede funcionar si está acompañado de un programa de interiorización de las relaciones de poder, es decir, de un momento de consentimiento. Este planteamiento, que introduce una ruptura importante con el análisis del poder en términos de disciplina, conecta con la metáfora del centauro que ya expuso Maquiavelo en *El príncipe* y según la cual el poder posee una doble faz: una humana (que construye consentimiento, hegemonía) y otra animal (que impone a través de la coerción y la fuerza). De lo que se trata, como ya hemos señalado antes, es de analizar el neoliberalismo como un poder bifaz, que no solo se impone por la fuerza, sino que genera adhesión. Esta adhesión inviste profundamente los procesos de subjetivación, a través de los cuales se moldean formas de ser «governables» que responden a las exigencias de la racionalidad neoliberal.

Paloma Martínez, en un estudio sobre el neoliberalismo como ideología, define esta figura subjetiva –identificada por el propio Foucault bajo la fórmula «empresario de sí» (Foucault, 2012: 228)– como un

«modelo de individuo no solo inclinado a aceptar las altas cotas de explotación y precariedad laboral que reclama el capitalismo flexible, sino de consentir e incluso celebrar la colonización de la lógica empresarial sobre la totalidad de facetas de la vida para la forzosa ampliación de sus áreas de mercado.» (Martínez, 2016: 186)

Desde esta perspectiva parece plausible la tesis de Jorge Alemán según la cual el botín de guerra del capitalismo contemporáneo sería el sujeto mismo (Alemán, 2016: 36), haciendo imposible construir una alternativa mientras la imaginación no alcance a pensar nuevos modos de subjetivación no ligados al mercado y la competencia.

Si estas son algunas de las líneas maestras de análisis de la gobernanza neoliberal, a continuación queremos presentar el marco en el que se insertan en la política española desde la Transición.

El primer hito de esta brevísima historia debe llevarnos al franquismo y su política social. A pesar de que la dictadura, a partir especialmente de los años sesenta, puso en marcha algunas medidas muy discretamente identificables con el Estado social europeo, su objetivo declarado era el mismo que el de los teóricos del ordoliberalismo alemán —padres del neoliberalismo—: la desproletarización de la sociedad. Esta coincidencia programática ha llevado a que algunas medidas económicas de la España de los años sesenta hayan sido calificadas como un «thatcherismo *avant la lettre*» (López y Rodríguez, 2011: 6). Como señala Emmanuel Rodríguez, este programa, que ha vertebrado el proyecto social español hasta la crisis de 2007, se ha construido alrededor de la noción de clase media, (Rodríguez, 2016: 35-45) y esta fundamentalmente sobre dos pilares: el consumo y la propiedad. Si bien las transformaciones de la economía mundial en los sesenta y la apertura de España al mercado internacional propiciaron un aumento y extensión inusitados del consumo, es la propiedad de la vivienda lo que, en nuestra opinión, define la singularidad del caso español y señala el vínculo entre el proyecto político y social del franquismo y el llamado “Régimen del 78”. Así la propiedad inmobiliaria se ha entendido como el elemento central en la estrategia de construir una sociedad de clases medias desde que José Luis Arrese, ministro de vivienda entre 1957 y 1960, declarara su voluntad de transformar «los proletarios en propietarios»<sup>4</sup>.

La apertura económica al libre mercado viene marcada en los años ochenta y noventa por una sucesión de gobiernos socialistas que, a la vez que apuntalan algunos de los logros del Estado social, abundan en la estrategia neoliberal privatizando la mayor parte de las empresas estatales, avanzando en la reconversión de las zonas industriales e integrando al país en las estructuras económicas de lo que más tarde se conocería como Unión Europea. A partir de 1996 los gobiernos conservadores, aunque con una mayor beligerancia discursiva contra las instituciones del Estado de bienestar, no harán más que profundizar esa dinámica económica.

Desde esta perspectiva, el continuismo del “Régimen del 78” respecto del franquismo no puede identificarse únicamente con la pervivencia de ciertas instituciones, prácticas y normas de la dictadura en la democracia, sino en el modo de dar respuestas similares a los mismos problemas: los de la organización social, económica y territorial del país. Sin ánimo de minimizar sus diferencias ni de banalizar la brutalidad de la dictadura, este análisis nos muestra dos regímenes políticamente distintos pero socialmente coincidentes que sustentan su organización económica sobre un centro social —la clase media— construido alrededor de la extensión del consumo y la propiedad.

La bancarrota del modelo de crecimiento basado en el endeudamiento, la construcción y las grandes infraestructuras ha hecho quebrar también buena parte de las promesas de la sociedad de clases medias promovida desde los años sesenta. El paso de la retórica triunfal del «todos ganamos»<sup>5</sup> al «hemos vivido por encima de

---

<sup>4</sup> Declaraciones recogidas en ABC, 3 de mayo de 1959, p. 88. [<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1959/05/03/088.html>] [Última consulta 2/1/2018]

<sup>5</sup> Este optimista relato neoliberal ha sido descrito como «una de las típicas visiones utópicas de la sociedad igualitaria liberal, situada más allá del conflicto capital-trabajo: una sociedad donde el capital ha dejado de ser

nuestras posibilidades»<sup>6</sup> marca claramente el principio del fin de ese proyecto social. El estallido de la burbuja hipotecaria –cuya genealogía debe llevarnos inevitablemente a aquel “país de propietarios”– en 2008 y sus consecuencias en el campo de la vivienda y el empleo muestran cómo el neoliberalismo español ha sostenido un régimen basado fundamentalmente en una «redistribución regresiva»<sup>7</sup>, en el que las élites económicas –a través del Estado– han extraído y extraen beneficio del trabajo, los impuestos y la deuda de las mayorías sociales.

## EL 15M COMO RUPTURA EN EL CICLO NEOLIBERAL

En este contexto el 15M aparece como un actor crucial ocupando un lugar paradójico: por un lado, es producto de esas condiciones (sociales, políticas, culturales y materiales) y por otro es productor de una nueva realidad en la que estas no pueden ser comprendidas del mismo modo. Así la ruptura introducida por esta “indignación organizada” afecta al menos a tres ámbitos fundamentales de la gobernanza neoliberal del país: político, económico y social.

### (a) Político

Desde la perspectiva política el 15M supone una cierta clausura de la Transición, señalando su límite. Con ello el consenso sobre el que se ha basado la construcción de España en las últimas cuatro décadas por primera vez se ha puesto en cuestión de un modo masivo y extendido territorialmente. El 15M ha mostrado en diversos escenarios al rey desnudo –incluso casi literalmente–. La corrupción generalizada, la ausencia de alternativas políticas dentro del sistema de partidos, la nula separación de poderes, el papel legitimador de la prensa, la violencia policial y las consecuencias de la «austeridad» presentan un panorama en el que la legitimidad del actual régimen político se ve claramente socavada.

En otro orden de cosas, la forma abierta, plural y horizontal que tomó el 15M no debe llevarnos a pensar que se trata de un movimiento «antipolítico»<sup>8</sup>, sino que apunta a una forma diferente de construir lo político, una vez puesto en cuestión su monopolio por parte de los profesionales. Con ello se quiebra otro de los pilares de la Transición y del nuevo liberalismo. Frente a la despotenciación promovida por el neoliberalismo<sup>9</sup>, el movimiento de los indignados puso en marcha un ejercicio de repolitización social (Sánchez, 2012: 216) y construyó un «laboratorio de subjetivación

---

escaso y todo ciudadano tiene la posibilidad de superar su posición de clase a través de la validación monetaria de esta riqueza» (López y Rodríguez, 2010: 95)

<sup>6</sup> Expresión exitosa que debemos entre otros a José Blanco, Ministro de Fomento en el gobierno presidido por José Luis Rodríguez Zapatero. Véase <http://www.psoe.es/media-content/2015/09/603784-000000482131.pdf> [Última consulta 2/1/2018]

<sup>7</sup> Concepto que ha popularizado David Harvey. Véase Harvey, (2007: 54).

<sup>8</sup> En este sentido tenemos que dar la razón a Germán Cano cuando señala la coincidencia entre los mecanismos de descalificación de mayo del 68 que lo presentaban como una revuelta hedonista e individualista y los que intentaron «ningunear los latidos políticos del 15M tratando de reducirlo a un inmaduro grito antipolítico» (Cano, 2015: 121).

<sup>9</sup> Véase el informe “The crisis of democracy” elaborado por Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki, para la Comisión Trilateral en 1975 [[http://trilateral.org/download/doc/crisis\\_of\\_democracy.pdf](http://trilateral.org/download/doc/crisis_of_democracy.pdf)]. Podemos encontrar un breve análisis crítico en la obra de Antonio Negri y Michael Hardt *Multitud* (2004: 57-59).

política» (Cano, 2015:142) colectivo –es decir, de producción de un «nosotros»– que apunta al centro mismo del proyecto individualista.

Si invirtiendo el famoso eslogan de mayo del 68, el neoliberalismo había conseguido que lo político quedara reducido a lo personal (Vázquez, 2005: 210), los movimientos de la primavera de 2011, y en nuestro contexto inmediato el 15M, parecen dirigirse en la dirección contraria, abriendo espacios a la socialización y politización de problemas que antes eran considerados individuales –desahucios, despidos, precariedad, emigración, falta de expectativas vitales, etc.–.

*(b) Económico*

Las condiciones materiales generadas por el neoliberalismo alcanzan en 2007, como hemos señalado, un techo de cristal a partir del cual no pueden ser pensadas del mismo modo. Para comprender el papel que juega la economía en el surgimiento y las propuestas del 15M debemos partir de la situación de desamparo en la que buena parte de la población se ha encontrado desde que la crisis económica comenzara. En este marco, aquel programa de desproletarización sobre el que se cimentó la estructura social del país ha encontrado sus límites tanto económicos como políticos.

Si desde los años 60, como hemos señalado, el capitalismo en España ha crecido gracias a una promesa de ascenso social encarnada en la figura de la «clase media», la crisis ha transformado las condiciones materiales que posibilitaban ese discurso poniéndolo en un grave aprieto. La flexibilización del mercado laboral, el deterioro de los mecanismos de seguridad colectiva, la creciente dificultad de ascenso social y la transferencia masiva de recursos de lo público a lo privado –cuyo mayor exponente fue el rescate a la banca– aparecen, desde esta perspectiva, como diferentes campos sobre los que se aplica el mismo modelo económico: el de la extracción y la redistribución regresiva. En este sentido el conflicto alrededor de la vivienda –que ha vertebrado en nuestro país uno de los movimientos sociales más importantes en las últimas décadas– ha mostrado las consecuencias más temibles de la conexión entre los diferentes espacios de acción política y acumulación económica del neoliberalismo: trabajo, deuda, vivienda y servicios públicos. En nuestra opinión el empeño en introducir el discurso de la flexibilidad, la empleabilidad y la culpa asociada a la deuda<sup>10</sup> es indicativo de la necesidad que muestra la gobernanza neoliberal de configurar nuestras subjetividades y obtener aquella aceptación social que hemos señalado anteriormente. El 15M supone una puesta en cuestión de ese relato y la reivindicación de las seguridades colectivas perdidas en las últimas décadas.

Por otro lado, las promesas no cumplidas de la economía española y la evidencia de que las generaciones más jóvenes van a vivir peor que sus padres parece quebrar no solo la confianza en el sistema económico sino, en buena medida, la esperanza en su reforma. En este sentido la experimentación autogestionaria que acompaña al 15M y la reivindicación de lo público-común son elementos nada despreciables para

---

<sup>10</sup> Podemos encontrar un análisis muy interesante acerca de las conexiones entre culpa, deuda y gubernamentalidad neoliberal en las obras de Maurizio Lazzarato *La fábrica del hombre endeudado* y *Gobernar a través de la deuda*.

pensar las salidas económicas al neoliberalismo y muestran que este movimiento es algo más que una mera respuesta irracional como dijera Zygmunt Bauman<sup>11</sup>.

*(c) Social*

Por último, las innovaciones sociales y la creación de nuevos espacios de subjetivación política –de construcción de identidades colectivas– posiblemente sean las que mejor muestran la profundidad de las transformaciones que el movimiento de los indignados trató de poner en marcha.

Habitualmente se señala la influencia que en este movimiento pudieron tener experiencias políticas previas y especialmente las de las protestas contra la invasión de Iraq o las del 13 de marzo de 2004 contra la utilización política de los atentados de Madrid. En nuestra opinión, sin embargo, las transformaciones que lo impulsaron tienen que ver más bien con otro tipo de manifestaciones sociales que marcan nuestra época y el modo de relacionarse de toda una generación. Entre estas cabe destacar al menos dos: la extensión del teléfono móvil –y las redes sociales– y la aparición de nuevas formas de socialización a través de la ocupación del espacio público. Si el primero define un punto de ruptura al introducirnos en una dimensión de conectividad y comunicación ininterrumpidas, el segundo muestra a la vez la necesidad y el anhelo de superar el cierre individualista y hacer del espacio público un centro del encuentro social. Que la lucha por el relato haya llevado a fiscalizar las redes sociales o que el combate por el espacio público girara durante una década alrededor del botellón, dan muestra de la potencia –cargada también de ambigüedad– de tales experiencias que, en cualquier caso, nos presentan una generación que introduce importantes novedades en su forma de estar en el mundo.

Retomando el hilo de la reflexión, el 15M inaugura, en nuestra opinión, un nuevo modo de entender las relaciones sociales y el lugar en que estas se dan. Frente al modelo neoliberal basado en la individualización –cada uno de nosotros somos un yo aislado que se vincula precaria, discontinua e interesadamente con los demás–, las acampadas mostraron la posibilidad de construir a partir de esa disgregación una comunidad política, es decir, un nosotros. Sin embargo, esta comunidad es sustancialmente diferente a las tradicionales organizaciones políticas porque, y esta es otra de las claves fundamentales de este movimiento, la comunidad del 15M es radicalmente plural e inclusiva. De hecho, su enorme potencia y aceptación social se debe en buena medida a que no establece un corte: nadie podía decir quién era o no parte del 15M porque su apelación era universal. Frente al individuo aislado y despotenciado, impulsado hacia la competitividad, el 15M puso en marcha un mecanismo de politización capaz de romper algunas de las barreras levantadas por tres décadas de política social privatizada.

Desde otra perspectiva, también fundamental para nosotros, la toma de las plazas se presentó como una respuesta directa a la privatización y mercantilización del espacio público promovida por el neoliberalismo. Que, a pesar de la reglamentación exhaustiva del espacio, la expresa prohibición por parte de la Junta Electoral

---

<sup>11</sup> “El 15-M es emocional, le falta pensamiento”, entrevista a Zygmunt Bauman en El País, 17 de octubre de 2011. [[http://politica.elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156\\_278372.html](http://politica.elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156_278372.html)]

Central y el empleo de la policía como fuerza de choque, las acampadas persistieran es un dato que debe ser tenido en su justa medida.

## EL 15M ENTRE EL POPULISMO Y LA LUCHA DE CLASES

Desde el análisis del ciclo largo del capitalismo actual que hemos tratado de presentar, el 15M aparece como un movimiento que nos enfrenta a los límites del proyecto neoliberal en su versión española. Aunque hay sólidas razones para emparentar este movimiento con la tradición cívico-republicana<sup>12</sup>, creemos que su gramática responde a otras coordenadas. En un momento histórico en el que las grandes tradiciones –especialmente el marxismo– han dejado de proveer a las luchas sociales de herramientas teóricas, es lógico que estas se reconozcan en las categorías que constituyen el sentido común y en lugar de una ruptura, se nos presenten como pugnas por resignificar sus términos. Aunque creemos que la potencia que animaba las acampadas de los «indignados» apunta más allá de la tradicional crítica republicana al neoliberalismo –especialmente en sus versiones “consensualistas”– y presenta rasgos que no pueden caer bajo esta caracterización, no cabe duda de que el rostro de esa indignación a menudo fue el de un republicanismo democrático e incluso liberal.

Por otro lado, quienes han propuesto un análisis de la indignación desde la perspectiva populista<sup>13</sup> aciertan al señalar que la batalla del 15M se puede entender como el intento de nombrar al pueblo, de construir una separación amigo/enemigo en el interior mismo de lo social.<sup>14</sup> En este sentido podríamos ver –como ha hecho por ejemplo Íñigo Errejón (2011)– el 15M como un proyecto fundamentalmente contrahegemónico cuya principal batalla se da en la disputa del sentido. Así el interés del movimiento de los indignados por resignificar ciertas palabras que habían sido clave en la constitución política del “Régimen del 78” y que ahora estaban en franca crisis constituiría una de sus principales facetas “populistas”. De este modo la pugna por retomar la idea de una “democracia real” vehicularía a la vez la denuncia de los límites del actual sistema representativo y la esperanza de su ruptura o reforma. Esta ambigüedad en las soluciones constituye otro signo que nos aproximaría a los esquemas populistas, que plantean la hegemonía como la tensión permanente «entre una lógica de la diferencia y una lógica de la equivalencia» (Laclau, 2005: 94), es decir, entre la identificación con el pueblo y las diferencias que irremediablemente lo constituyen. El último gran reflejo de este esquema lo

---

<sup>12</sup> Como han señalado entre otros Joaquín Valdivielso en un texto escrito cuando aún el 15M estaba activo (2012) y Carlos Fernández Liria (2016), aunque este desde una perspectiva que trata de tender puentes entre la tradición ilustrada-republicana y el populismo, entendiendo este último como un recurso casi desesperado ante «malas noticias» y la derrota de la Ilustración a manos del capitalismo.

<sup>13</sup> Huelga señalar que nos estamos refiriendo no al significado extendido de «populismo» como engaño o subterfugio, sino a la corriente de pensamiento político construida fundamentalmente alrededor de la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

<sup>14</sup> Para los defensores del análisis populista la institución de esta frontera es «el acto político *par excellence*» (Laclau, 2005: 195), un momento fundacional a través del cual aparece el pueblo como opuesto al poder. Por otra parte, esta partición que se declinará alrededor de la noción de «casta» constituye uno de los elementos centrales del discurso de Podemos, que sí asume sin ambages el marco teórico populista, como señala Joaquín Valdivielso (2016).



encontramos en la confluencia —«equivalencia», en términos de Laclau— de multitud de demandas particulares bajo el paraguas del propio movimiento de los indignados en una articulación que parecía articular esa frontera interior entre el pueblo (identificado con el 99%) y la élite (1%).

Como vemos la perspectiva populista nos permite comprender un cierto combate lingüístico y político que se libró en el 15M, pero en nuestra opinión esta perspectiva oscurece otras dimensiones también importantes. Entre ellas cabe destacar la que remite a su constitución material, imprescindible para comprender el surgimiento y alcance del movimiento de los indignados. Y justamente por este olvido creemos que las interpretaciones que lo circunscriben al ámbito de la lucha por el sentido pierden de vista una de las lecciones más importantes que hoy podemos rescatar de la primavera de 2011: que ante la implosión de la clase media es necesario atender a las periferias de lo social para construir el centro político.

Este conflicto de interpretaciones, que puede parecer teórico, tiene en nuestra opinión importantes repercusiones prácticas. En nuestra opinión cuando los defensores de la perspectiva populista definen la estrategia de despolitización neoliberal como «una maniobra discursiva [...] estrechamente relacionada con el establecimiento de consensos neoliberales y elitistas a través de su naturalización como posiciones de sentido común por encima de la pugna ideológica» (Errejón, 2011: 130) incurren en un importante error al omitir la dimensión material de este mecanismo. Esta no es un simple efecto de cierta hegemonía discursiva que oculta relaciones de desposesión, sino que influye activamente en ellas. Por más que Laclau ofrezca herramientas muy interesantes para actuar política e institucionalmente en tiempos de permanentes batallas culturales y aceptando la premisa de la democracia liberal como forma de organización política, creemos importante asumir todas las precauciones posibles para evitar el deslizamiento hacia la autonomía de lo político. Por el contrario, y retomando el análisis, desde nuestra perspectiva el proceso de despolitización descrito arriba no puede desvincularse de las estrategias de desposesión social que el neoliberalismo promueve.

Con esta crítica a la perspectiva «culturalista» y la reivindicación de los sujetos periféricos no pretendemos en ningún caso retomar viejos discursos marginalistas o contraculturales, sino atender al movimiento centrífugo que el neoliberalismo impone y por el cual cada vez un mayor número de personas van a tener dificultades para situarse y reconocerse como «el centro» de la sociedad, es decir, la «clase media». Aunque queremos alejarnos de toda interpretación que entienda el 15M como el eterno retorno de una lucha de clases que atravesaría «la historia de todas las sociedades hasta nuestros días» (Marx y Engels, 1998: 55), partimos de la constatación de que el neoliberalismo impone un tablero de juego en el que la polarización social es creciente y los mecanismos de desposesión —de una extensión social inaudita<sup>15</sup>— reactivan la división de la sociedad en clases —tanto en sus dimensiones objetivas como subjetivas—.

Sin embargo, del mismo modo que mostrábamos nuestras reservas ante la reducción culturalista del populismo, creemos imprescindible abandonar todo esquema

---

<sup>15</sup> Véase Seminari d'Economia Crítica Taifa, (2016).

que pretenda convertir lo político en un epifenómeno de lo económico. En este sentido no podemos más que dar la razón a Laclau y los teóricos del populismo cuando señalan que el antagonismo no surge automáticamente en el seno de las relaciones de extracción y desposesión capitalistas, sino que «para que exista un antagonismo es necesario que el trabajador se *resista* a dicha extracción» (Laclau, 2005: 188). Estamos, por tanto, de acuerdo en que el momento de articulación política es imprescindible, sin embargo, entendemos que esta articulación no se produce en el vacío, sino sobre la base de unas relaciones materiales reales que configuran la vida social.

La problematización que planteamos del esquema populista, a partir del análisis del 15M, nos lleva a poner en cuestión la máxima laclausiana de que «el nombre es el fundamento de la cosa» (Laclau, 2005: 130). Si se entiende en un sentido fuerte, como a veces se desprende de su propia obra, creemos que esta afirmación nos llevaría a una aceptación de la autonomía de lo político que nos sitúa en un terreno resbaladizo en el que de la problematización podemos pasar al encubrimiento de las relaciones de subordinación material que configuran el corazón mismo del proyecto neoliberal. En este sentido entendemos que el populismo, al comprender la sociedad como una proliferación de diferencias, puede llegar a conclusiones próximas al liberalismo, al aceptar su teoría social (Villacañas, 2015: 49) y situarse de algún modo en una perspectiva próxima al individualismo metodológico. Laclau cae en el error –de probable ascendencia foucaultiana– consistente en atender únicamente a las lógicas de disgregación, obviando que ellas mismas también producen efectos de homogeneización y agregación. En este sentido creemos que en paralelo a la actual desintegración de lo social (que no es un efecto superficial, ni reflejo), habita un movimiento de polarización que, a causa de la promoción de la desigualdad, está reconstruyendo las relaciones de clase y borrando el espacio intermedio entre quienes más y menos tienen –sobre el que se construía material y simbólicamente la clase media–.

Sin embargo, si entendemos ese momento nominal en un sentido algo más laxo, no creemos que haya posibilidad de escapar de él puesto que no parece razonable afirmar, yéndonos al polo opuesto, que lo político sea una expresión automática de las condiciones materiales. Fuera de esos dos extremos caricaturizados –pero que responden a posicionamientos reales–, en ese juego de grises entre la autonomía de lo político y la determinación económica, se disputa en nuestra opinión el terreno de la construcción del antagonismo. En buena medida este juego se puede apoyar en las propias teorías de Laclau, pero también exige otra mirada que atienda a la conexión inequívoca entre los límites materiales del proceso de acumulación capitalista en nuestro tiempo y la quiebra de las instituciones y los consensos que aquel requiere y produce. En este sentido entender el 15M en toda su profundidad exige observar con detenimiento el «momento populista» que define su intento de construir un pueblo opuesto a la élite, pero también ese movimiento subterráneo que a través del 15M llega a los grupos contra los desahucios o las mareas en defensa de los servicios públicos y reconstruye un relato que distingue nítidamente las políticas de expolio y de clase impulsadas desde las instituciones estatales en beneficio de una minoría.

## CONCLUSIÓN: POLÍTICA Y CENTRALIDAD

Tras presentar este recorrido creemos que estamos en condiciones de pensar la emergencia del 15M desde una perspectiva diferente por un lado a la populista-cultural y por otro a la liberal-republicana. Sin negar la importancia de estas dos dimensiones en su desarrollo, entendemos que la lección fundamental que debemos extraer de este movimiento es que, contra el mantra thatcheriano, “hay alternativa”.

Mientras la gobernanza neoliberal imponía sus criterios con una tasa de crecimiento permanente —relacionada con el proceso de endeudamiento público y privado del que ya hemos hablado—, el discurso de la meritocracia y el éxito podían encarnar el “sentido común”, pero cuando el ciclo de expansión quiebra y con él reaparecen las formas más crudas de desposesión social, su hegemonía comienza a ponerse en cuestión. En este sentido, entendemos que el 15M constituye el primer momento de articulación política de un descontento que, como se señala a menudo, podría haber estallado en mil formas diferentes. Pero una vez surge esa articulación, lo más relevante en nuestra opinión es analizar cómo ese movimiento trató de hacerla extensiva a toda la población rompiendo con la política social individual que configura el corazón mismo del neoliberalismo. Es ese momento de acercamiento del movimiento indignado, con su lenguaje cívico-republicano y su momento populista, a las realidades subalternas más castigadas por la crisis, el que nos muestra por primera vez la posibilidad de romper con las estrategias de despolitización e individualización, convirtiendo en políticos conflictos que hasta entonces eran comprendidos como individuales —especialmente en lo relativo a la vivienda y los desahucios—.

En este sentido entendemos que algunas de las principales dificultades del desarrollo institucional del ciclo iniciado por el 15M pasan por el cierre de esa apelación y el refugio en los sectores que por su acceso a un determinado capital cultural responden a ciertos lenguajes y expectativas —relacionadas con la recuperación del status perdido, pero también con la identificación con lo nuevo, lo urbano...—. Desde esta perspectiva vemos que la transversalidad a la que remiten los discursos institucionales post-15M ha quedado reducida a menudo a un mensaje focalizado en aquellos grupos sociales que aun pueden seguir considerándose “clase media” y especialmente “clase media urbana”. El resultado es una reversión de los procesos de politización social, que da paso a estrategias de identificación cuyos límites en 2017 se han hecho evidentes. En nuestra opinión la gran enseñanza del 15M debe buscarse a la vez en su enorme habilidad para conectar con las demandas sociales más diversas y en la capacidad de colocar en el centro del debate político los fundamentos mismos de la gobernanza neoliberal sin necesidad de recurrir a un liderazgo carismático ni a la anulación de la heterogeneidad que lo constituyó. Esta última caracterización reactiva el interés por la noción de multitud —una vez despojada de cualquier residuo de optimismo ontológico<sup>16</sup>— cuya apuesta por la inmanencia y la horizontalidad parece más apegada a las formas actuales de organización social y laboral mejor que las viejas estructuras verticales del partido y el militante.

---

<sup>16</sup> Hemos realizado un extenso análisis de la noción de multitud y de su posible utilidad en el marco de la crítica al neoliberalismo en Chamorro, 2017b.

Asumiendo las limitaciones de esta apuesta por la inmanencia —que ya el propio Laclau había señalado en respuesta a *Imperio* (Laclau, 2001) y que podemos rastrear en los debates del siglo XIX acerca de la espontaneidad de las masas en el movimiento obrero—, no podemos obviar que la continuación institucional del «ciclo 15M» se halla en una encrucijada en la que parece mimetizarse crecientemente con las estructuras políticas, sociales y culturales del *status quo*.

El 15M, a pesar de todas sus limitaciones, mostró que es posible asaltar la centralidad política, de un modo radicalmente transformador, en el momento en que la centralidad social ha quedado huérfana de su gran referencia —la clase media—. Aunque en el movimiento indignado perviva un impulso por retomar las viejas promesas de ascenso social, también hay un empuje político por incluir a sujetos expulsados de esa centralidad. Ese impulso es incompleto —no alcanzó a la población inmigrante, ni a los estratos culturales y económicos más bajos— pero llegó más lejos de lo que habían llegado todos los movimientos sociales en las últimas décadas. La clave en nuestra opinión estriba en que en esos momentos en los que este movimiento realmente pateó el tablero neoliberal nos encontramos con figuras políticas extrañas: un populismo sin líderes ni jerarquías, un republicanismo que parece renunciar a la institucionalidad y una lucha de clases que abandona las viejas apelaciones al proletariado. Es justo en esa extrañeza, en esa monstruosidad, en la que parece residir la fuerza del 15M para cambiar las reglas y mostrarnos otras formas de construir lo político.

Alejándonos de toda idealización y asumiendo los enormes límites del movimiento de los indignados, creemos que en la experiencia de ocupación de las plazas y en los posteriores desarrollos de las mareas, grupos contra los desahucios y otras iniciativas similares podemos encontrar ciertos elementos que nos permiten entender que ahí se juega buena parte de nuestro futuro político en un mundo crecientemente desigual y en el que el poder retoma un uso de la fuerza y la disciplina que pensábamos desterrado.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Olivos: Grama Ediciones.
- Cano, G. (2015). *Fuerzas de flaqueza. Nuevas gramáticas políticas: del 15M a Podemos*. Madrid: Catarata.
- Castro, R. (2010). “Neoliberalismo y gobierno de la vida”, en Arribas, S. *et. al.* (Coords.) *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, pp. 63-84. Madrid: CSIC.
- Chamorro, E. (2017). “Democracia performativa: el debate entre justicia y libertad en el 15M”, en *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 19, Barcelona: Universitat de Barcelona pp. 56-65.
- (2017b). “Multitud y resistencia. Repensar con Foucault y Negri la crítica al neoliberalismo”, en *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, vol.13, pp. 1-31.
- Crozier, M.; Huntington, S. y Watanuki, J. (1973). *The Crisis Of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. Estados Unidos: New York University Press.
- Errejón, I. (2011). “El 15M como discurso contrahegemónico”. En *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, nº 2, España: Universidad de Málaga, pp. 120-145.

- Errejón, I. y Mouffe, C. (2015). *Construir pueblo. hegemonía ya radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria.
- Fernández, C. (2016). *En defensa del populismo*. Madrid: Catarata.
- Foucault, M. (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Laclau, E. (2001). “Can immanence explain social struggles?”, en *Diacritics*; vol. 31, n.º 4, New York: Cornell University, pp. 3-10
- (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- López, I. y Rodríguez, E. (2010). *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- (2011). “El modelo español”, en *New Left Review*, n.º 69, julio-agosto 2011, pp. 5-26.
- Maquiavelo, N. (2010). *El príncipe*. Madrid: Alianza.
- Martínez, P. (2016). “Del neoliberalismo como ideología”, en *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* (49), Madrid: Universidad Complutense de Madrid pp. 161-187.
- Marx, K., Engels, F. (1998). *Manifiesto del partido comunista*. Madrid: Utopías / Nuestra Bandera.
- Negri, A., Hardt, M. (2004). *Multitud*. Barcelona: Debate.
- Rodríguez, E. (2015). *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- (2016). *La política en el ocaso de la clase media*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sánchez, R. (2012). “El 15M como insurrección del cuerpo-máquina”, en *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento* (234), Barcelona: Anthropos editorial, pp. 216-224.
- Seminari d'Economia Crítica Taifa (2016) *La desposesión de la vida cotidiana*. Barcelona: Seminari d'Economia Crítica Taifa.
- Valdivielso, J. (2012). “Sobre si es posible una filosofía política del 15M. Una tesis y algunas hipótesis provisionales”, en *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, n.º 13, Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 471-480.
- (2016). “El populismo según Ernesto Laclau”, en *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, n.º 18, Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 52-61
- Vázquez, F. (2005). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. Donostia: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa.
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande Editorial.